

SALMO 22 (21)

“¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado!?”



Estimados amigos de la Biblia.

Comenzamos con las palabras de Jesús en la cruz:

*Alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz:
“¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?... y
dando de nuevo un fuerte grito, expiró (Mt 27,46.50).*

Así nos lo cuenta el evangelista Mateo, pero parece ser que Jesús no solo dijo esto, sino que habría recitado los primeros veintidós versículos del Salmo 22 (21), que vamos a comentar.

EL ABANDONO DE DIOS

No conocemos la situación del autor de este salmo, aunque las imágenes que utiliza (v. 7.13-19) nos dan algunas pistas. Lo que sí deja claro es que lo que más le duele es sentirse abandonado por Dios, a quien se dirige a gritos sin que este le escuche a pesar de estar tan cerca de él pues “tú, el Santo, habitas en el santuario” (el templo).

El mayor sufrimiento de Jesús en la cruz, que tan bien refleja este salmo, no fue el físico (el dolor) ni el psíquico (la soledad), sino llevar el peso de la maldad humana (los pecados) y, más aún, el verse abandonado por parte de Dios.

Es posible que algunos de nosotros ya hayamos tenido alguna vez esta misma sensación de un Dios ausente. Por la fe sabemos que no lo está, pero al que te toca vivirlo nadie le quita la angustia y el sufrimiento que provoca sentirse así. Y sin embargo, nada es esta experiencia, ni siquiera la noche oscura de San Juan de la Cruz cuando comparada con lo que vivió Jesús durante su pasión y muerte.

EL RECURSO DEL SALMISTA (1)

¿Qué hace el salmista ante esta vivencia? ¿Cómo reacciona? De una forma que puede sorprendernos pero que es muy propia del creyente: recordando LOS TIEMPOS EN QUE DIOS SÍ ESTUVO PRESENTE Y ACTUANTE en la historia de Israel:

En tí confiaban nuestros padres; confiaban y los ponías a salvo; a tí gritaban y quedaban libres; en tí confiaban y no los defraudaste (v. 5-6).

El salmista se refiere a la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto, episodio fundacional y troncal en su identidad, siempre recordado y actualizado de mil formas en la Biblia.

Y el Señor dijo: ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor a causa de sus capataces, pues soy consciente de sus sufrimientos (Ex. 3,7).

Para entender mejor este modo de reaccionar pensemos en alguien, puede que nosotros mismos, que haya perdido o esté lejos de una persona muy querida: esposo(a) o hijo(a) y que, ante su ausencia, recuerda y revive los tiempos felices vividos con ella. Puede que sea añoranza o lamento, pero puede ser también sostén y ayuda para vivir tal situación. De modo parecido, el recuerdo de las gestas de Dios en el pasado, sostiene al salmista en el momento en que lo siente ausente y le impulsa a orar.

Acudir al pasado, a los acontecimientos centrales en los que se fundamenta la historia de fe personal y de la comunidad para

apoyarse en ellos es siempre muy importante y valioso, sobre todo en momentos de dificultad y crisis.

LA REALIDAD VIVIDA

Hecho esto, el salmista vuelve sobre sí mismo para expresar cómo se ve en este contexto: “soy un gusano, no un hombre”. La imagen impacta: siente que no es nadie, que no vale nada, que no puede nada, que es insignificante, descartable..., alguien a quien se puede aplastar sin dificultad y es así como le trata la gente: “Soy vergüenza de la gente, desprecio del pueblo.” Se ríen, incluso, de lo que para él es más significativo y sagrado, su fe en Dios:

*Al verme, todos hacen burla de mí, tuercen los labios,
mueven la cabeza: “Confió en el Señor: que lo salve Él, que
lo libre, si es que lo ama”.*

Esto le hiere en lo más íntimo de su ser y en su confianza en Dios. Le desprecian y se ríen de él porque, en la situación en que se encuentra, acude a Dios para que lo salve “¡Qué ingenuo eres!”, vienen a decirle. Sus palabras recuerdan las de los fariseos a Jesús crucificado:

*Los que pasaban le injuriaban moviendo la cabeza y
diciendo: ...”Confió en Dios, que le salve ahora si le quiere
de verdad, porque dijo: soy Hijo de Dios” (Mt 27, 39-43).*

EL RECURSO DEL SALMISTA (2)

¿Qué hace el salmista ante un dolor tan intenso? ¿Cómo reacciona? Del mismo modo que la vez anterior: acudiendo al recuerdo del pasado, ahora el suyo propio, vivido con Dios, porque echando la vista atrás reconoce su presencia ya al inicio de su vida:

*Tú me sacaste del vientre, me confiaste a los pechos de mi
madre; desde el seno pasé a tus manos, desde el vientre
materno tú eres mi Dios (v. 10-11).*

Aun en medio de la ausencia de Dios este hombre tiene una certeza: que Dios fue el gran protagonista de su historia pues fue Él quien hizo de partera y ayudó a su madre a parir, el primero que le sostuvo en sus manos y lo puso en los pechos de su madre.

Ante tal recuerdo le brota el acto de fe y la súplica:

Tú eres mi Dios. No te quedes lejos, que el peligro está cerca y nadie me socorre.

IMÁGENES QUE HABLAN

Por tercera vez, el salmista vuelve sobre sí mismo, ahora para describir su situación a través de imágenes muy potentes (v. 13-19) que nos permiten visualizar su dramática situación. Con ellas nos hace sentir lo que él mismo siente:

- *SE VE CERCADO por toros bravos, ACORRALADO por una jauría de mastines, RODEADO por una banda de malhechores de modo que no tiene escapatoria, como quien, en un encierro, se ve cara a cara con las astas de un toro.*
- *SE VE ANTE LEONES que rugen atronadoramente y abren sus bocas dispuestos a descuartizarle.*
- *SE SIENTE DESECHO y SIN CONSISTENCIA, como agua derramada que ya nadie podrá recoger ni aprovechar.*
- *NOTA SUS HUESOS DESCOYUNTADOS y SUELTOS, lo que le deja incapaz de ponerse en pie y dar un solo paso.*
- *SU CORAZÓN, dentro de él, se derrite como cera ante el calor.*
- *SU GARGANTA está seca y SU LENGUA pegada al paladar por el terror, impidiéndole articular palabra y gritar.*

Son imágenes de gran dramatismo que muestran hasta qué punto el miedo y la angustia le atenazan ante su próxima e inevitable muerte.

Las sensaciones que se acumulan en el interior de una persona abandonada y a punto de morir tienen que ser horribles. Quien haya vivido alguna situación parecida lo entenderá mejor que nadie; quien no, puede hacerse una idea centrando su atención en las imágenes que utiliza el salmista.

¿CÓMO PUEDE SER? ASÍ ES

Pero lo que más impresiona, porque escandaliza y contrasta con nuestra imagen de Dios, es lo que dice en el v. 16: “ME APRIETAS CONTRA EL POLVO DE LA MUERTE”, atribuyendo a Dios la sensación de muerte que está viviendo. ¿Qué sentido tiene esta afirmación? Nos detenemos en ello.

TODO EL SALMO ES UNA ORACIÓN A DIOS, a quien el salmista acude porque siempre ha estado en su vida. Ahora, sin embargo, no solo lo siente lejano e indiferente, sino también como el causante de su muerte: el mismo Dios que le sacó del vientre, que le tomó en sus manos y le puso en los pechos de su madre ahora hace oídos sordos a sus gritos y le aprieta “contra el polvo de la muerte”.

El contraste es brutal. Él, que siempre ha visto a Dios como fuente de vida, ahora lo ve como quien le lleva a la muerte. ¿Cómo entender tal contradicción?

Más que apelar a la razón buscando una explicación conviene observar la actitud del salmista. Este hombre, que ha visto a Dios en todo: en la historia de Israel y en la suya, no deja de dirigirse a él e invocarlo en medio de su angustia y sensación de abandono, lo que indica que, aunque lo sienta ausente, intuye su presencia y mantiene la relación con él gracias a un hilito de fe que, aunque parezca frágil, le sostiene.

No se espante el lector si esto le resulta nuevo. Otros textos bíblicos reflejan situaciones similares. Algunos ejemplos:

Dios hiere, pero cura la herida; Dios golpea, pero alivia el dolor. Una y otra vez vendrá a ayudarte... (Job 5,18-19a).

Yo, el Señor, hago morir y hago vivir. Yo hiero y yo sano, y no hay quien se pueda librar de mi mano (Deut. 32,39).

Venid, volvamos al Señor, pues Él nos ha desgarrado y nos sanará; nos ha herido y nos vendará (Os 6,1).

Todos ellos hablan de una experiencia común a los creyentes en tiempos de angustia y zozobra, cuando se pone a prueba su fe, y de los que Dios saca vida “siempre”, tal como se ve en la segunda parte de nuestro salmo (a partir del v. 23), que luego comentaremos, sin por ello quitar ni un ápice al drama vivido.

EL ACTO DE FE RENOVADO

¿Qué indican todas estas afirmaciones? ¿Cuál es su sentido más hondo? El modo paradójico de actuar de Dios, que desconcierta, pero que el hombre de fe acoge después de un largo camino de relación y experiencia de Dios y como fruto del mismo. Es lo que hace el salmista: al tiempo que renueva su fe, le invoca, porque confía:

*Mí Señor... fuerza mía, no te quedes lejos... ven corriendo...
librame... sálvame...*

Dios sigue siendo su "Señor" y su "fuerza" y a él se dirige con cuatro verbos de súplica en solo tres versículos (20-22). ¡Admirable!

CAMBIO DE TONO

A partir del v. 23 todo cambia. El salmista ya no habla del abandono de Dios ni de su situación personal, sino de alabar, glorificar y adorar a Dios y de la necesidad que siente de transmitir a otros quién y cómo es Dios para que todos los pueblos sepan que solo él es grande y poderoso, Señor de las naciones y que solo ante él debemos doblar las rodillas y postrarnos (Cf. V. 29-30):

Porque no rechazó ni despreció al pobre en su miseria ni se escondió de él, sino que escuchó su grito de socorro... Los pobres comerán hasta saciarse y alabarán al Señor los que lo buscan (v. 25.27).

¿Qué ha sucedido? ¿A qué se debe un cambio tan brusco? No lo sabemos, pero podemos hacer algunas hipótesis:

- *Que el salmista escribiera la segunda parte del Salmo (v. 23-32) mucho más tarde, después de haber tenido la experiencia de la salvación de Dios.*
- *Que, aun en medio de la aflicción, proyectara en el futuro lo que el pasado de Israel y el suyo propio le mostró: que el Dios fiel no permitirá el triunfo del mal.*
- *Que el autor de la segunda parte sea otro.*

Son solo hipótesis, pero todas apuntan en la misma dirección: a dejar claro que Dios es fiel y no nos abandona nunca, sino que antes o después, del modo que sea, cumpliendo o no nuestras expectativas, si permanecemos firmes en la fe y en la oración, si nos apoyamos en lo ya vivido con él en el pasado, si renovamos nuestra confianza en él con constantes actos de fe, entonces llegará un día en el que haremos lo que hace el salmista: alabar a Dios, glorificarle y contar a los hombres sus maravillas en nuestro favor y de tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia.

EL SALMO 22 (21), ¿HABLA DE JESÚS?

La respuesta a esta pregunta es clara: “No”, pues el salmista vivió muchos siglos antes, cuando la crucifixión, un invento macabro de los romanos, todavía no existía. Y sin embargo “Sí”, pues toda la primera parte (v. 1-22) describe detalles muy concretos de su crucifixión: el reparto de sus ropas, las burlas, el “que Dios te libre ahora”, el agua derramada y su grito en la cruz: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Esto, tan sorprendente, se entiende desde la perspectiva de que la acción de Dios atraviesa la historia y de que todo el Antiguo Testamento es, en la pedagogía de Dios, preparación de la venida de Jesús y de su pasión, muerte y resurrección, momento cumbre de la historia y de nuestra salvación. En el salmo se da un doble movimiento:

- *DEL SALMO A JESÚS, pues al leerlo nos percatamos, con sorpresa, que refleja lo que Jesús vivió.*
- *DE JESÚS AL SALMO, pues al leerlo desde lo vivido por Jesús lo hacemos con nuevos ojos, los propios del creyente.*

Esto sucede en otros muchos textos. Algunos ejemplos:

- *EN MEDIO DEL ASEDIO DE JERUSALÉN el profeta Isaías promete al rey Ajab una señal de Dios: “La doncella está encinta y dará a luz un hijo, a quien llamarán Emanuel” (Is 7,14). Isaías se refiere a la joven esposa del rey, que espera un hijo, pero nosotros atribuimos este texto a María, embarazada de Jesús.*
- *ANTE EL PECADO DE ADÁN y EVA, Dios dice a la serpiente: “Pondré enemistad entre tí y la mujer...; ella te herirá en la cabeza mientras tú le herirás en el talón” (Gn 3,15). El autor habla de Eva, pero nosotros referimos estas palabras a María.*
- *CUANDO EL PROFETA ISAÍAS DICE: “Él tomó sobre sí nuestras enfermedades, cargó con nuestros dolores... fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. Como cordero llevado al matadero no abrió su boca” (Is 53), habla de un misterioso Siervo de Dios, pero nosotros aplicamos sus palabras a Jesús en su pasión y muerte.*

Es así porque en la Biblia hay un hilo conductor, el mismo Dios, que lo inter-liga todo: el pasado y el presente, el Antiguo y el Nuevo Testamento y porque Dios se cuele en todo y está presente en todo preparando y ejecutando, siempre y a través de todo, su plan de salvación en nuestro favor. ¡Inaudito!

CONCLUSIÓN

¡Qué grande es Dios! ¡Qué insondables sus designios! ¡Qué incomparable su grandeza! Al descubrirlo nuestro corazón se ensancha y se abre a él, que derrama su Espíritu sobre nosotros, lo que nos lleva a agradecerle, alabarle y proclamar sus obras, tal y como hace el salmista.

¡Ojalá! lo vayamos descubriendo en las mediaciones que pone en nuestro camino: una persona, un grupo bíblico, un diálogo, una orientación, un testigo... ¡Ojalá! nos abramos a su obra y al horizonte inmenso que nos tiene preparado.

Que Dios nos ayude a seguir por este camino.

Carlos Rey - SDB